

de los orígenes del mito solar. Entre los nombres que, según Mason, dan los Karens á sus hijos, se encuentra el de «jóven sol saliente»; aun cuando nos dice que la persona así llamada era «jóven y bella», lo que podría parecer y pasar por un cumplido, si á mayor abundamiento se considera que se hace uso de las palabras «tarde, salida del sol, salida de la luna y luna llena», como nombres de pila, extraño debería parecernos que se usase de los fenómenos celestes para dar nombres y que se prescindiera del más importante.

Y ahora señalemos una significativa y una insignificativa congruencia análogas á las que hemos ya notado al hablar de las fases de la luna. Necesario es que los nombres de pila derivados de la palabra sol se refieran á alguna parte del curso del sol; al sol saliente, al sol de medio día, al sol poniente, según la hora del natalicio; además, los nombres aduladores sacados de la palabra sol, pueden expresar diversos atributos de este astro, por ejemplo, «la gloria del sol, el esplendor del sol, etc.» De aquí que no haya dificultad alguna en comprender lo que nos dice Wilkinson, que «los Egipcios han hecho del sol varias divinidades diferentes: por ejemplo, el sol intelectual, el orbe material, la causa del calor, el autor de la luz, la fuerza del sol, la causa vivificante, el sol del firmamento y el sol del reposo», que deben compararse con los nombres que daban á los reyes. Por otra parte, ¿cómo pueden los mitólogos conciliar sus hechos con su hipótesis? La necesidad lingüística que obliga á personificar, va hasta obligar á hacer ocho personas distintas, para encarnar los diversos atributos y los diversos estados del sol? ¿Es necesario admitir que también se vieron obligados los Arias únicamente por la hipótesis de las descripciones á suponer que Hyperion, «el sol en el zénit», es un individuo, y Endymion «el sol poniente», otro; y uno y otro independientes «de la divinidad distinta llamada Febus Apolo? ¿Por ventura la pura necesidad de dar á lo abstracto formas concretas obligó á los Griegos á pensar que, cuando el sol se eleva de treinta grados encima del horizonte, era una persona que había corrido tales ó cuales aventuras, y que al llegar á diez grados encima del horizonte se metamorfoseaba y convertía en una persona cuya biografía era del todo diferente? No digo con esto que los mitólogos no puedan pensarlo, ¡su fé es rica en tesoros! Pero la fé de los otros desaparecerá, eso me figuro en vista de las dificultades que aquí se presentan, caso que no haya ya desaparecido del todo.

Cuando en breves palabras expuse brevemente el génesis de los mitos solares según mis ideas, relacionándolo con la doctrina general expuesta en el ensayo citado, indiqué diversas relaciones que de la misma resultan, con los

rasgos característicos de esos mitos. Vimos que una de sus consecuencias era la concepción que daba un sexo á los fenómenos celestes más importantes, representándolos como machos y hembras. En ciertos mitólogos se vé al sol recibir diversos nombres, ora se le llama «el rápido», ora «el león», ora «el lobo», que de seguro no sugieren los atributos sensibles del sol. Este hecho resulta inexplicable en la hipótesis de que esos nombres se daban como títulos de alabanza á un mismo individuo, como lo hacen los pueblos bárbaros, que de ordinario multiplican las metáforas aduladoras. Además, la confusa mezcla, tan extravagante á nuestros ojos, de los fenómenos celestes con las aventuras de las personas nacidas de la tierra, se ha explicado desde el momento que en ellas hemos visto una inevitable consecuencia de los esfuerzos que se hacían para conciliar los datos de la tradición con el testimonio de los sentidos. Aun más, hemos emitido la idea de que la fusión de las leyendas locales relativas á las personas que llevan esos nombres, en una mitología aceptada para todas las tribus de que ha formado el universo una nación, da lugar á genealogías y á biografías contradictorias del sol. Ciertamente que en dicho momento no estaba en situación de dar ejemplos en apoyo de estas proposiciones, y que me limité á indicar los hechos tal cual los encontraba. Pero después de los que acabo de dar, me parece que he cumplido la promesa implícita que hice de probar mis dichos, y que basta y sobra para legitimar la deducción que de los mismos he sacado. Sin embargo, yo no me prometía probar más que la gran probabilidad de la inducción. Pero al reunir los materiales de los capítulos siguientes, he dado con un pasaje sacado de documentos del antiguo Egipto que, se me figura, dará la victoria á mis opiniones. Se encuentra dicho pasaje en el tercer papiro Sallier, traducido por el profesor Lushington y publicado en las *Transactions of the Society of Biblical Archaeology*, tomo III. Cuéntanse en dicho documento las victorias de Ramsés II. He citado ya una parte del mismo como ejemplo de la antigua creencia en la fuerza sobrenatural que da un espíritu antecesor al hecho dios; y no hace mucho he citado una frase que enseña el empleo de un nombre de animal á título de cumplido en honor de un monarca victorioso. Hé aquí una frase entera, por demás significativa, sacada del discurso laudatorio de los vencidos pidiendo gracia.

«Horus, toro vencedor, querido de Ma, príncipe que velas sobre tu ejército, valiente con la espada, muralla de sus tropas en el día de la batalla, rey poderoso por su fuerza, gran soberano, Sol poderoso en verdad, aprobado por Ra, fuerte en victorias, Ramsés Miamon.»

Descrito, pues, queda aquí el entero proceso que más arriba hemos descrito solo como probable. Nótese la analogía. El dios, á quien Ramsés dice que ha sacrificado 30,000 toros, y á quien pide su concurso sobrenatural, es su antecesor: «Yo invoco á mi padre Ammon,» dice, y el vencido le contesta: «Es verdad; tú naciste de Ammon, tú saliste de su cuerpo.» Además, se habla de Ramsés como cumpliendo las empresas de un dios, como de un dios: los vencidos le llaman «aquel que da la vida para siempre como su padre Ra.» Mirado, pues, como divino, recibe, al igual de lo que sucede todavía hoy entre los guerreros de los pueblos semi-civilizados y salvajes, un gran número de títulos honoríficos y de nombres metafóricos, que, reunidos en el mismo individuo, contrastan entre sí una unión. Ramsés es á la vez rey, toro, sol. En fin, ese documento, á la vez que cuenta la genealogía humana de Ramsés y sus empresas en la tierra, emplea expresiones que hacen alusión á su apoteosis subsiguiente y dan lugar á pensar que sus hechos serán contados como los del «Toro vencedor» y del «Sol.» No olvidemos que á la muerte de los Egipcios, hasta para la gente vulgar, habia ceremonias en las cuales los sacerdotes y otras personas hacian su elogio, y que más tarde, en ciertas y determinadas épocas, se repetian las mismas alabanzas. Por consiguiente, no podemos dudar que no hayan persistido definitivamente esos títulos metafóricos en las alabanzas de un rey hecho dios despues de su muerte, que todavía se expresaban con más exageracion durante su vida. Si, pues, como lo hemos hecho notar más arriba, la lengua egipcia, aun en la época histórica no podia distinguir entre un nombre y el acto de nombrar, es evidente que la distincion que separa la persona y la cosa de la que recibia el nombre, habia de ser difícil de expresar y que, cuando la lengua era ménos desarrollada, se confundia la persona y la cosa (1).

(1) Uno de mis auxiliares que ha examinado esos documentos con mayor atencion de la que podia yo emplear, ha encontrado los hechos siguientes que justifican mis ideas:

En el gran papiro de Harris, traducido por el profesor Eisenlohz, hoja 76, líneas 1 y 2, Ramsés dice: «(Mi padre) descendió en su horizonte como los nueve dioses. Allí se le hicieron las ceremonias de Osiris navegando en su barca real por el río. Descendió hácia su eterna habitación al Oeste de Tébas.»

Hé aqui todavía varios nombres de reyes sacados del prefacio de Mr. Eduardo Hawkins del segundo tomo de los *Selecciones Papyri*:

El rey, el hijo del Sol, Hanaa.

El rey, el sol de la creacion, el hijo del sol, Hannutf.

El rey, el primero que se ocupa de la tierra, el hijo del sol, Sebakemshaf.

El rey, el sol que alcanza la victoria, el hijo de los soles, Ta-sa.

El rey, el sol que pone orden en la creacion, el hijo del sol, Ramsés.

Aunque la palabra «sol» empleada en esos ejemplos como título usual de honor en favor de los reyes, no pueda, á causa de su union con otros nombres propios desprovistos de sentido, engendrar una tradicion de identidad, se puede admitir que la identificación del rey y del sol no ha encontrado obstáculo alguno antes de usarse los otros nombres propios.

Paréceme, pues, evidente que en esta leyenda de Ramsés victorioso, rey, conquistador, toro, sol, y por último dios, encontramos los elementos que, en un primer periodo de la civilizacion, engendraron un mito solar, como el de Indra, que une paralelamente los papeles de héroe conquistador, de toro y sol. Para negar que una relacion de ese género, transmitida de una manera oral durante un número de generaciones en un pueblo ménos avanzado, no acabe por convertirse en una biografía del sol representada como un hombre, es necesario negar que las cosas no hayan pasado como todavía las vemos pasar, y suponer que ese pueblo llevase en la tradicion de sus leyendas una precision histórica imposible. Por lo contrario, para sostener que no solo se ha podido relacionar el sol con padres humanos, si que tambien atribuirle hechos de armas como á un rey, sin que por esto deje de ser una bestia, y no sin otra razon, por motivos sacados de la lengua, es necesario sostener que los hombres sacrificaban el testimonio de sus sentidos á la influencia de motivos relativamente poco importantes.

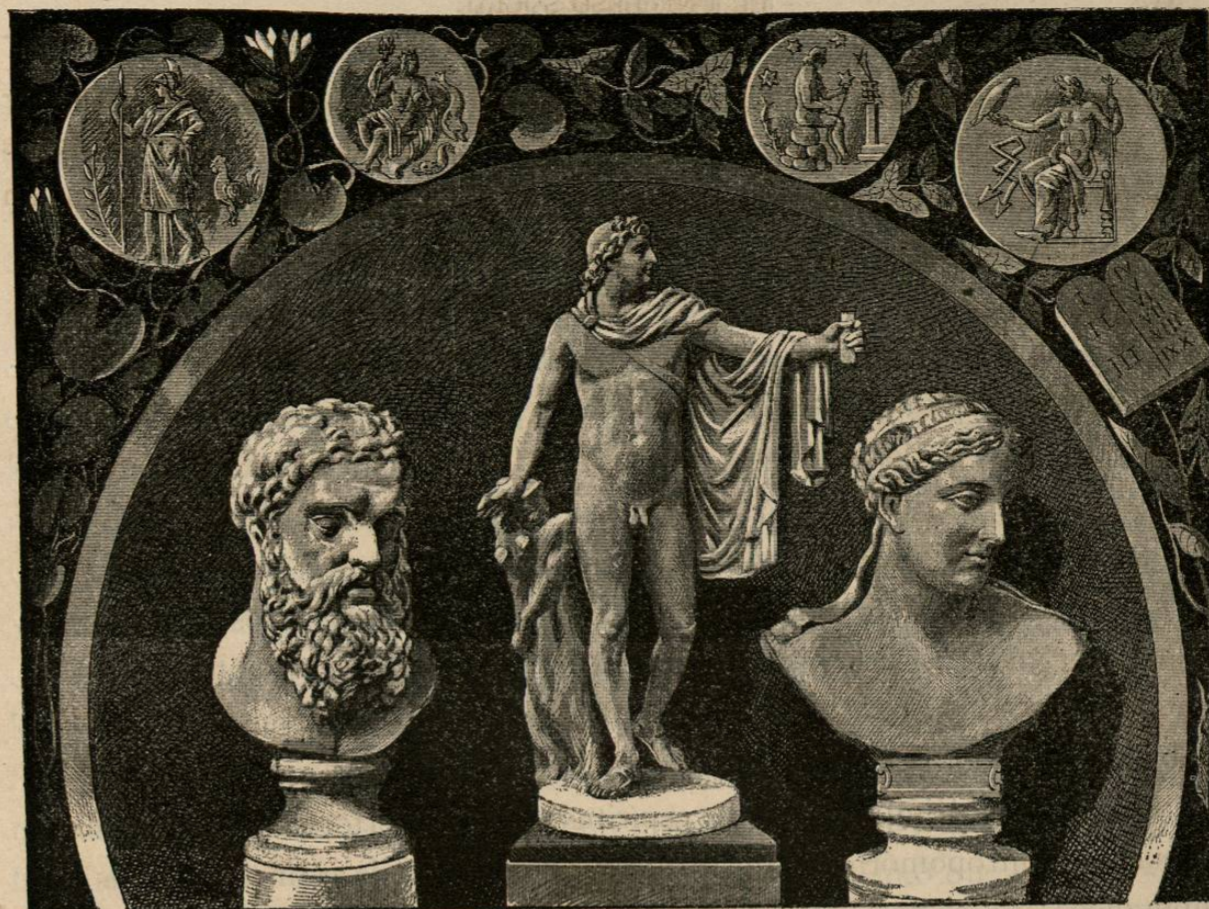
Luego, aun cuando de primer momento los hechos no sugieran esta idea, no por esto dejan de probar que el culto de la naturaleza, como cada uno de los cultos ya analizados, es una forma del culto de los antecesores, que ha perdido más que los otros los caracteres exteriores del original.

Parte por la confusion del origen de la raza con un objeto en evidencia que señala la region natal de esta raza, parte por la interpretacion literal de los nombres dados por adulacion, han dado lugar á las creencias que hacen descender los pueblos y las familias de las montañas, del mar, de la aurora, de animales transformados en constelaciones, en fin, de personas que antes vivieron en la tierra y que luego se convirtieron en la luna ó el sol. El salvaje ó el hombre semi-civilizado que implícitamente creen la tradicion sentada por sus abuelos, no han podido evitar la consecuencia grotesca de combinar los poderes naturales con los atributos y cuentos de hombres; viviendo de esta suerte obligados á extrañas costumbres, mediante las cuales buscan el favor de esos grandes objetos de la tierra y del cielo, ofreciéndoles alimentos y sangre, como lo hacian de ordinario para sus otros antecesores.

Lo que prueba que el «padre Ammon» de que se trata en el texto como el dios supremo, era el antecesor remoto, es el pasaje de Brugsh, que dice: «El culto de Ammon de Ramesseum tenia un carácter funerario.»

Y puedo añadir el hecho significativo de que en los geroglíficos se usa de un mismo determinativo, segun el contexto, para designar á dios, el antecesor, ó una augusta persona.

Entre ese grupo de fenómenos y los precedentes, hay, pues, acorde perfecto, y la posibilidad de aplicarles á todos la misma explicacion, á despecho de una imposibilidad aparente, es una nueva razon para mirar esta explicacion como verdadera.



CAPÍTULO VIII

DIVINIDADES

HEMOS expuesto de una manera tan completa y explícita el génesis de las divinidades en los capítulos precedentes, que no ha de parecer necesario extendernos todavía más, y tratar de una manera especial este tema. Pero aun cuando nos hayamos ocupado de divinidades en las cuales la personalidad humana se encuentra considerablemente oscurecida, debemos todavía hablar de aquellas que resultan de la simple idealizacion y de la extension de